

# Las jornaleras del campo

## ¿Qué sabemos de ellas?

SARA MARÍA LARA FLORES

A pesar de que en el campo mexicano se extiende a toda velocidad la producción de hortalizas, flores y frutas orientadas a la exportación<sup>1</sup>, y junto con estos cultivos el empleo femenino, poco se sabe de las mujeres que hoy en día trabajan en la agricultura como jornaleras.

¿Quiénes son?, ¿cuántas son?, ¿en qué condiciones laboran? y ¿cómo viven?. En efecto, muy poco sabemos de ellas. Tan poco que ni siquiera podemos conocer por medio de los censos y encuestas nacionales cuántas son. El Censo Nacional de Población de 1990 registra únicamente a 189.150 mujeres dentro de la Población Económicamente Activa Agropecuaria (PEAA), de las cuales unas 85.270 mujeres se ubican en el rubro de "peón o jornalero". No obstante, en 1985, algunos autores estimaban que el número de jornaleras podía llegar a ser mayor de un millón y medio<sup>2</sup>.

Tan sólo en el estado de Sinaloa, diversas fuentes de investigación directa señalan que en el periodo de cosecha de hortalizas participan unas 100.000 mujeres. Un diagnóstico realizado en 1989 por el Programa Nacional de Solidaridad con Jornaleros Agrícolas estimaba que en el valle de Culiacán habían intervenido 83.238 jornaleros en la cosecha del ciclo agrícola 88-89, junto con sus esposas e hijos. De esta manera, la cifra de trabajadores en ese ciclo se elevaba casi a 250.000, siendo más de la mitad mujeres y niños. Mientras en los empaques, a donde las hortalizas son seleccionadas y embaladas, participaron en ese ciclo agrícola unas 10 mil personas, de las cuales el 90% eran mujeres<sup>3</sup>.

Otros cultivos, como las flores de corte, que se destinan también a la exportación llegan a dar ocupación a más de 5 000 mujeres de manera permanente, durante todo el año. Si a ello agregamos otros cultivos que han ido adquiriendo importancia en nuestro país, en donde se contrata una gran cantidad de jornaleras, como es el caso del aguacate y del mango, en Michoacán, del brócoli y la coliflor en Guanajuato, la manzana en Chihuahua, la uva de mesa en Sonora, el limón en Colima, así como los cultivos que tradicionalmente han demandado mucha mano de obra que incluye a las mujeres, como es el café, el tabaco, y otros, podemos decir que en realidad el número de mujeres que trabajan actualmente como jornaleras en el campo es bastante superior a lo que indican los censos y las encuestas.

Este número representa un incremento en relación a décadas anteriores, y se encuentra asociado al desarrollo de la agricultura de exportación y de las agroindustrias procesadoras de alimentos. Sin embargo, no existe ningún estudio que dé cuenta, con precisión de la magnitud del empleo femenino en el campo, y permita proyectar lo que sucederá si se extiende aún más este tipo de producción como resultado del Tratado de Libre Comercio.

Indudablemente, la crisis económica ha impulsado a las familias campesinas a incorporarse al trabajo asalariado, como una estrategia para apoyar el ingreso familiar que cada vez descansa menos de la parcela campesina, debido al minifundismo, al deterioro ecológico y a la falta de recursos para adquirir los insumos. Muchas mujeres campesinas, sobre todo en las regiones más pobres del país, salen de sus lugares de origen para trabajar, junto con sus maridos y sus hijos, en la cosecha de ciertos productos. Desafortunadamente, los salarios que reciben son tan bajos, que sólo participando toda la familia logran reunir lo indispensable para "mal comer"<sup>4</sup>. Hay que decir, que la mayoría son indígenas, que se ven obligados a migrar para encontrar trabajo.

Las condiciones en las que viven y trabajan estos jornaleros son verdaderamente difíciles. No sólo porque para trasladarse desde sus comunidades de origen a los campos adonde laboran tienen que recorrer, a veces más de 1.500 kilómetros, transportados en las peores condiciones, como si se tratara de animales, sino porque a su arribo no cuentan con una infraestructura mínima para instalarse. A veces se trata de simples "ramadas" como sucede con los coras y huicholes que van al corte del café y del tabaco a Nayarit, o de galerones contruidos con láminas, techos de cartón y pisos de tierra como sucede en los campos de hortalizas de Sinaloa, Sonora y Baja California.

Algunas empresas del norte han instalado campamentos, que cuentan con letrinas, lavaderos, regaderas y sistemas para potabilizar el agua que beben los trabajadores, pero se trata de verdaderas excepciones. La mayoría no cuenta con estos servicios, beben el agua de los canales de riego, allí mismo se bañan y las

mujeres lavan las ropas, carecen de baños, de transporte y de un sistema de abasto a precios accesibles a sus recursos.

Uno de los problemas más serios que enfrentan estos jornaleros es el control que se tiene sobre de ellos al llegar a estos campamentos, como si se tratara de verdaderos campos de concentración en donde sus vidas no les pertenecen. Aprovechándose de que son indígenas, "extranjeros en su mismo país", porque pocos hablan bien el español y manejan los códigos culturales de la región, son sometidos a un sinnúmero de arbitrariedades y humillaciones, que en el caso de las mujeres se traducen en violencia sexual.

Los problemas de salud que padecen son múltiples. En primer lugar, enfermedades gastrointestinales, provocadas por la contaminación del agua y la falta de aseo al preparar y consumir los alimentos; en segundo lugar, enfermedades respiratorias provocadas por los cambios climáticos y por los efectos de los agroquímicos. Estos últimos producen también enfermedades de la piel, fatiga y mareos. Aunque todos los jornaleros están sometidos a un severo desgaste físico, desde que salen de sus lugares de origen y durante el tiempo que laboran allí, las mujeres lo sufren con más intensidad, porque además de trabajar en los campos como jornaleras, tienen que hacerse cargo de una serie de tareas que sirven de sustento al grupo familiar, en condiciones sumamente precarias. Por eso sus jornadas de trabajo son aún más largas que las de los hombres y se encuentran en una situación aún más difícil que ellos. Sobre todo, si tomamos en cuenta que el número de mujeres solas, con hijos, que trabajan y viven en estas condiciones es relativamente importante<sup>5</sup>.

Pero esta situación no sólo la viven las jornaleras migrantes, que participan en las cosechas de hortalizas, de café o de tabaco. Las empresas agrícolas de exportación y las agroindustrias han generado una importante demanda de trabajo femenino en las regiones a donde se han instalado, para realizar las tareas de empaque, acabado y acondicionamiento de productos<sup>6</sup>. En estos casos, las mujeres constituyen una mano de obra local, muy flexible, que se ha ido especializando en ciertas tareas y a menudo cuenta con una calificación. Al paso del tiempo y "sobre la marcha", participando temporada tras temporada en las mismas tareas, se ha ido creando una tradición, sobre todo en las regiones en donde estos cultivos se han extendido. Estas mujeres, combinando sus labores del hogar, ofrecen una gran flexibilidad a las empresas en términos de horarios, salarios, formas de trabajo y de contratación, a la vez que garantizan que el acabado y presentación de los productos que se exportan alcancen las normas de calidad que exige el mercado internacional.

Por su parte, estas mujeres encuentran en las empresas agroexportadoras y en las agroindustrias una fuente de trabajo local, cuando en décadas anteriores no tenían más opción que la de emplearse como sirvientas en las grandes ciudades. También, encuentran un empleo que les permite seguir cumpliendo con las responsabilidades del hogar, que están fundamentalmente a su cargo. Los campos, los empaques o los invernaderos, se convierten así en un medio que les permite ganar su vida, contar con su propio salario y, a veces, lograr con ello cierta autonomía, o incluso encontrar un ambiente de socialización que les abre las puertas a un mundo diferente al del hogar.

Pero no todo es miel en hojuelas, ni mucho menos. Si bien ellas no tienen que migrar, ni sufren todas las humillaciones de las indígenas en los campos de hortalizas, también desempeñan su trabajo sin ningún tipo de protección laboral. Pocas son las empresas que les ofrecen contratos y las prestaciones que establece la Ley. La mayoría trabaja por temporadas de corta duración, en horarios discontinuos que pueden extenderse más de 12 horas. Aunque cabe señalar que muy seguido perciben ingresos más altos que el salario mínimo regional, en general se trata de salarios "a destajo" o "por tarea", lo que las obliga a elevar a un máximo su productividad, a costa de su desgaste.

Algo que llama particularmente la atención de estas trabajadoras es que son muy jóvenes. La edad promedio está entre los 16 y 22 años, aunque se encuentra que algunas ingresan desde los trece años. Muchas de estas jovencitas son el sustento de sus familias, algunas de ellas ya son "jefas de hogar", que tuvieron su primer hijo entre los 17 y los 22 años. Lo que significa que tienen responsabilidades muy grandes a pesar de su corta edad. La mayoría de las veces no cuentan con el apoyo masculino para compartir dichas responsabilidades por lo que descansan en otras mujeres, a veces más jóvenes que ellas.

No obstante, que el número de jornaleras crece, tanto en el caso de las indígenas que tienen que migrar para trabajar en las cosechas de hortalizas y de otros productos, como las trabajadoras locales que intervienen en las labores de acabado y acondicionamiento de productos agrícolas que se exportan o procesan, no existe una política, ni programas de largo alcance que planteen formas de atención y apoyo a esta población.

Podemos esperar que, con la liberalización del mercado, las empresas agroexportadoras y agroindustriales se desarrollarán aún más, y con ellas el empleo femenino, que en otras condiciones resultaría sumamente alentador, pensando en que las mujeres del campo encuentren alternativas. Sin embargo, es preciso que estas opciones no se traduzcan en formas de empleo precario, sin ningún tipo de apoyo ni de protección social y laboral. Puede decirse, por ello, que urge plantear una propuesta integral para las jornaleras agrícolas. Integral

en el sentido de que contemple toda la gama de situaciones en las que se encuentran, y ofrezca soluciones precisas. Pero para ello es evidente que tenemos que saber un poco más acerca de ellas.

1.- Tan sólo en la producción de hortalizas la superficie promedio sembrada entre 1971 y 1978 fue de 374.408 hectáreas, incrementándose aproximadamente a 700.000 hectáreas en el ciclo agrícola 89-90 (Boletines anuales de la Unión Nacional de Productores de Hortalizas de 1978 y 1990). En tanto que el volumen de producción de hortalizas pasó de 1.6 millones de toneladas en 1960-64 a 7.5 millones, que se producen en la actualidad (Miguel Angel Gómez Cruz, et al., *La producción de hortalizas en México y el Tratado de Libre Comercio*, CIESTAM, Chapingo, México, 1991, pp.10).

2.- Lourdes Arizpe y otras autoras estimaban que en la década de los ochentas el número de jornaleros ascendía a 4.5 millones, una tercera parte integrada por mujeres. (Arizpe, L., et al. "Efectos de la crisis económica 1980-1985 sobre las condiciones de vida de las mujeres campesinas" en *El Ajuste Invisible*, 1989:246, UNICEF, Colombia). Enrique Astorga (en su libro sobre *El Mercado de Trabajo Rural, la mercancía humana*, 1985, ERA, México), calculaba, para el mismo período, que había cuatro millones de jornaleros en el país, de los cuales más de la mitad estaba integrada por mujeres y niños.

3.- *Programa de desarrollo social para los jornaleros agrícolas del valle de Culiacán*, Programa Nacional de Solidaridad con Jornaleros Agrícolas, Gobierno del Estado de Sinaloa, México, 1989, (mecaniscrito).

4.- Los salarios por día varían entre 19 y 25 mil pesos, pero los gastos que tienen para comer y vivir fuera de sus comunidades son muy altos, en promedio 160 mil pesos semanales. Tan sólo para comprar la leña que utilizan en una semana gastan 10 mil pesos, el kilo de carne cuesta 12 mil, por lo que al menos necesitan trabajar tres miembros de la familia para solventar los gastos de alimentación de la familia. (*Programa de desarrollo social para los jornaleros agrícolas del valle de Culiacán*, Programa Nacional de Solidaridad con Jornaleros Agrícolas, Gobierno del Estado de Sinaloa, México, 1989, mecaniscrito).

5.- En San Quintín, según un diagnóstico del Programa Nacional de Solidaridad con Jornaleros Agrícolas el porcentaje de madres solas, ascendía a 4.7% en campamentos y a 6.4% en colonias. Sin embargo, el número de madres trabajadoras representaba casi el 20%. Esto significa que un buen número de mujeres tienen que trabajar y hacerse cargo de sus hijos, algunas de ellas estando solas, por lo que no es poco frecuente que los lleven al campo con ellas, o los dejen encerrados en sus casas. *Diagnóstico de las condiciones de vida y trabajo de los jornaleros agrícolas en el valle de San Quintín, B.C.*, México, 1991 (mecaniscrito).

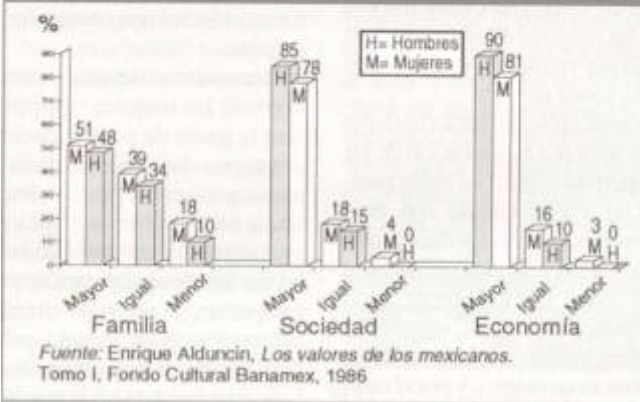
6.- Principalmente de flores, frutas y hortalizas que se exportan hacia los Estados Unidos y encuentran allí mercado, sobre todo en invierno.

Profesora e investigadora de Tiempo Completo de la División de Estudios de Posgrado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (INAH).

## Papel de la mujer en el futuro (ingreso y sexo)



### Papel de la mujer en el futuro (ingreso y sexo) Ingreso de 14 salarios mínimos y más



Fuente: Enrique Alduncin, *Los valores de los mexicanos*.  
Tomo I, Fondo Cultural Banamex, 1986